

## Ningún ahogado pasa dos veces por el mismo río

por José Luis Perdomo

Pero a Esteban lo hemos visto pasar río abajo por lo menos en tres ocasiones. ¿Que lo rescatáramos para que esta tierra seca le transmita sus pulsaciones y solicitudes de humedad? ¿para estamparle un epitafio cualquiera en el segundo piso de su guarida subterránea? De ninguna manera, cómo vas a creer; esas son cosas de ahogado, en las cuales nosotros no tenemos ningún cirio que nos sirva de contraseña para intentar siquiera el diseño de su posible sepultura terrenal. Además, las veces que ha pasado cubierto de algas, de una lana verde creciente, con el pelo repleto de criptógamas, siempre pasado cara al sol con los ojos entredormidos y una sonrisa desusada que los peces no se han atrevido a desfigurar; razón suficiente para no molestarlo. Es más, nos ha dado la impresión de ir navegando y naufragando (las dos cosas al mismo tiempo) muy a gusto, como si fuera un niño de tres siglos nacido del mar. Y a nadie le gustan las interrupciones a la hora de estar en el centro o en la orilla de un sueño a colores tiernos, por ejemplo.

La última vez que pasó, cosa rara, el río detuvo su acostumbrada furia y una tranquilidad extraña ancló entre sus piedras ruidosas. Fue un bulto verde el que adivinamos en la curva, a muchos metros de donde estábamos. Sí, allí venía de nuevo, solemne, verdísimo, ceremonioso; con la brisa y olores de capas íntimas de mar y río llegaba por tercera vez, Esteban.

Quisiéramos o no, debíamos y queríamos estar para saludar su mirada y su cuerpo de agua, su paso de hombreagua, su tránsito de piel y agua, su sonrisa marinera y, más que esto: su decisión intransigente de no quedarse nunca entre las ramas de los troncos parapléjicos dispersados como cerillos caídos de una caja abierta precipitadamente sobre la mano escurridiza y deforme y ancha e inmensa del río.

Todos estábamos en la ribera donde la corriente no era más que el intento fallido de un mudo septuagenario queriendo decirle a su hija "estás muy bonita". Su presencia marina y vegetal, ya más cercana, cerró de golpe la compuerta de nuestros murmullos y conversaciones en torno a la nada. Dentro de nosotros, cerca de nuestros hígados, con la compuerta violentaherméticamente cerrada, quedaron las sílabas y nuestro alfabeto desactualizado. Pasaba su majestuosa y segura presencia, inmersa en los sonidos secretos de la corriente, de la orilla y los árboles vencidos; de él, de sus musgos, de sus enredaderas, brotaba la solemnidad de ese momento descarrilándose de los rieles crujientes del tiempo.

Pasaba y era el silencio. Pasaba y era el lenguaje indescifrable de su color verde. Cuando él ya sólo era un punto borrándose, corríamos para hacerle compañía en su recorrido despidiendo la cercanía de nuestras manos aprisionadas por lo inasible; jadeábamos para devolverle su forma y era al revés; tropezábamos, trastabillábamos para tirarle nuestras últimas luciérnagas que lo guiarían a las tinieblas disecadas y seguía siendo al revés.

El cansancio nos amarraba los pies al fango y se iba, a envolverse de mar se iba, a sacudirse las hojas podridas de los remolinos, a componer sinfonías inaudibles para profanos con los peces relumbrando escamas. El fango nos jalaba y él como si nada, se volvía un punto borrado yéndose con su sonrisa inapagable, con sus dedos largos abanicando corrientes.

Hace diecisiete años que no ha vuelto a pasar. Los mensajes del río tiene ahora la insignificancia de las aguas cualquiera, sin sus ojos mitad en sueños/mitad observando.

Recargado en la paredes recalentadas de esta casa deshabitada y apoyado en este bastón de guayacán deforme que suple a mi pierna derecha vieja e inútil, pienso que ya estaré fertilizando, con mi polvo de órganos muertos, los tulipanes, las gladiolas y la yerbabuena de esta casa sola cuando él vuelve a pasar. Pienso que quizá, cansado de sus naufragios y de sus rutas de barco de papel, trepado en una roca enorme, aburrido, decidió ser estrella polar para los extraviados de la noche; quizá al ver varios peces a punto de volverse pescados se quitó voluntariamente la piel para que siguieran siendo peces; tal vez un arpejo de mariposas lo secuestró a las regiones increíbles de los arco iris; es posible que algún tronco frondoso lograra por fin confinarlo debajo de sus hojas fallecidas junto a la última marca de agua dulceagria; es posible que alguna tormenta severa haya transformado su cuerpo en un archipiélago microscópico de arena; es posible que alguna gaviota gigantesca lo haya transportado a las islas desconocidas donde quizá nació.

Aún acaricio —con mis dedos fracturados que no sirven para nada— la pequeña esperanza coagulada de poder ver su punto verde apareciendo después de la curva, verlo río abajo con su sonrisa aún intacta y su frente arrugada ornamentada con girasoles formidables recién salidos de la tierra como corona que indica los siglos de su poder acuático usurpado ¿jamás?

Tendremos que salir al rescate de su cuerpo tapiado de criptógamas. El sol no indicará la llegada de nuestro descanso y la luna no habrá de importarnos. Si nuestros cuerpos son expelidos por las branquias pestilentes de la muerte, no importa. El lugar no es el mismo sin su punto verdísimo y con sólo ver de nuevo su cabellera infinita habremos de inmortalizarnos en cada uno de sus musgos.

Antes que mi pierna izquierda imite a la derecha trataré de imitar su ceremoniosa costumbre. Otros habrán de imitarnos. Las reservas de su mirada que teníamos se han agotado. Los recuerdos de su sonrisa perpetua se han vuelto una mueca en nuestras memorias pálidas y los cántaros de curado de guayaba han desplazado nuestras antiguas ánforas de agua fresca en su memoria. Más de una virgen hermosa del pueblo se ha vuelto loca en la pegajosidad de su ausencia y ya son más troncos los que impedirían su tránsito. Por más palabras milagrosas que salieran de sus labios verdes, de todos modos dejaría su corazón mojado entre las ramas y el río regresaría al color bermejo de sus antepasados. Los peces morirían por exceso de color rojo y vendrían las siete plagas de Egipto pero multiplicadas por nueve. El sol podría caernos dentro de la boca, y la luna nos vomitaría mil marejadas de cadáveres marinos en toda la desvida y mejor sírveme el otro cántaro de ese curado para apelmazar mi pena. Dicen que ayer se fue otra virgen con rumbo desconocido para nosotros, no para ella; y todo es diferente y aquella leve esperanza se me ha vuelto la milésima parte de la cabeza de un alfiler —nada—, y no sé de dónde me sale tanta baba y ya no tomes tanto, hombre, cualquier cosa te sirve de pretexto.

Desde su acre impresencia, las lechuzas han abundado; ayer le mordieron la cabeza ceniza y piojosa a la bisabuela más vieja del pueblo y torrentadas de sangre salieron del ojo del agua. Esto es el fin del mundo, quiero decir, del pueblo y el día tuvo veintisiete siglos y las piedras del camino se revolvieron sin que nadie las sobresaltara y por fin llegó el periódico, con cuarenticinco años de retraso, sin mencionar nada de sus desapariciones y apariciones, los muy ignorantes, y si el resto del mundo supiese ya se habría muerto de risa y en tus labios partidos también está asomando la burla disfrazada de incredulidad y para qué te sigo contando si/de/todos/modos/no/vas/a/ crearme; si de todas formas yo ya seré hormiga o más gusano cuando su punto, más verde, ilumine los flecos de la curva todavía envuelta en los Penúltimos Reflejos de su Tercera Estancia —quizá, desavisados del país, la definitiva.

Yo tododébil, todoetífico, todolodo, todoalaespera, mientras tanto, me vuelvo caracol, que es otra forma de volverse más gusano, otra forma de volverse más gusano sin remedio ni derecho a apelaciones ni aclaraciones posteriores; yotodogusano.